



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12431

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

MIÉRCOLES 15 DE ABRIL DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31

Las elecciones

A pesar de que con el decreto de disolución de Cortes se abrió hace días el período electoral, es realmente ahora cuando queda abierto. Las festividades de semana santa han sido como un paréntesis abierto en la política, y cerrado éste constituye la nota del día, y la seguirá constituyendo hasta el veintiseis de los corrientes, las elecciones generales que se verificarán dentro de dos domingos.

Los republicanos han hecho el domingo pasado un recuento de fuerzas. En todas las capitales de provincia, y demás poblaciones importantes, celebraron infinidad de reuniones con el doble objeto de discutir y hacer propaganda.

Los demás partidos tampoco se desconfían. Si no hacen tal alarde de fuerzas será por no creerlo necesario; pero se reúnen, acuerdan, trabajan y coadyuvan a este movimiento electoral, jamás notado, si no es en aquel tiempo que siguió á la revolución de Septiembre, en que no se luchaba por la conveniencia personal y sí por las ideas.

Y hay que esperar que el movimiento aumente, porque para los candidatos no hay distrito seguro en general. Sólo aquellos que no tienen enfrente un contrincante pueden vivir con tranquilidad relativa, no absoluta, por que donde menos se piensa salta un candidato, que si no tiene votos espontáneos cuenta con la ayuda oficial que es la mejor ayuda en las lides electorales.

Donde las elecciones despiertan superior interés es en Barcelona y

Madrid. En la primera de dichas capitales, que ha de elegir cinco diputados, aspiran a serlo unas veinte personas. Se ha empeñado la lucha entre republicanos y regionalistas y trabajan aquellos con tal ardimiento que aspiran á que no salga por la ciudad condal ningún catalanista.

También en Madrid va á ofrecer interés la contienda. Republicanos, fusionistas, demócratas radicales, socialistas y conservadores se apresian a la lucha y siendo así que sólo hay ocho puestos, hay lo menos veinte que aspiran a ocuparlos.

Hay en ambas capitales verdadera fiebre. La hay también en otras de menos importancia como Valladolid y Valencia y aunque en el resto del país no se nota tanto, se extiende a todo él, si bien atenúa sus ondulaciones de este extraordinario movimiento en que se agita la nación.

Si en él toma parte por fin la masa neutra; si reconociendo su error de dejar hacer se interesa en la lucha; si suma su esfuerzo donde su conciencia ó su interés le ordena y se presta á ser salvaguardia de la verdad interviniendo en los colegios la votación y el escrutinio, bien haya este despertar que pone la responsabilidad del acierto en manos de los electores. Pero si este movimiento ha de ser flor de un día, apagado apenas nacido; si en las contiendas del porvenir hemos de volver á la indiferencia de antes; si hemos de seguir oyendo las quejas de esa masa, que no tiene razón para quejarse ni mostrarse engañada por que ella misma facilitó el engaño y dejó sus intereses indefensos, entonces, quédese como ha estado hasta aquí, mano sobre ma-

no, viendo como hacen; pero que no se queje, ni acuse, ni lamente, porque lo hará con el mismo derecho que hasta ahora. Con ninguno.

TIJERETAZOS

Dice un periódico:

«Son muchas las personas que auguran grandes acontecimientos en Marruecos, para el mes de Mayo, suponiendo que los sucesos en perspectiva puedan afectar á España.»

Veremos si esta vez los acontecimientos nos cojen desprevenidos.»

Será un colmo.

Que eso ocurriera en Cuba y Filipinas... pase.

A la puerta de casa no podría pasar.

Pregunta un periódico que por qué no se aprovecha el movimiento de asociación que se nota y se combate la ignorancia.

«Porque aquí no conjugamos ese verbo. Está en desuso.»

El que conjugamos—y nos lo sabemos de memoria—es el verbo desaprovechar.

Pregunta un colega:

«¿Para qué sirven las leyes?»

Hombre, para poner á prueba el ingenio de los españoles, buscando el modo de faltar á ellas.

Si eso todo el mundo lo sabe.

Es decir, el mundo de las Pirineas acá.

Dice un colega paisanuelo:

«Se nos acaban que en ningún otro año se dispararon el sábado de gloria mayor número de tiros que en el presente, no siendo por tanto extraño que ocurrieran las desgracias que se lamentan.»

Y seguidamente da cuenta de cuatro balas que entraron en cuatro domicilios no hiriendo ó matando, por milagro, á nadie.

Le mismo, lo mismo que los moros.

Bien dice Costa:

Hay que romper los lazos que nos unen al Africa.

Para que no se diga que el Africa empieza en la cordillera pirinéica.

Buena es alegrarse por la reanunciación de Cristo. El suceso merece que se le comemore.

Pero á balazos fusilando al prójimo... ¡Qué barbaridad!

MICROSCÓPICAS

¡Pobre mujer la esposa del torero! ¡Pobres hijos los suyos! El día en que el regocijo se apodera de todos los corazones, aquel en que, siguiendo tradicional costumbre, se reúnen las familias en la mesa á alrededor del blanco mantel tendido en el banca, es para ellos de angustias y temores, tal vez de desventuras.

A la hora en que es general la alegría y el monte se puebla de grupos y grupitos que celebran comiendo, bailando y cantando la resurrección de Jesús, ellos están tristes, sin asiego, temiendo y deseando que llegue el ordenanza del telégrafo.

Es que ese día de gozo es para ellos de amargo padecer, de ansiedad inenarrable. En ese día y á esa misma hora no está con ellos el esposo y el padre. Se fué á renudar los peligrosos que ha de vivir durante cinco meses luchando con los toros.

Los que vamos á verlos lidiar ovacionamos cuando hace una lucida suerte. Cuando tiene la suerte de espaldas caen sobre él insultos é improperios. Se le llama al torero cobardo y algo más. Y en tanto que el jefe diestro lucha con su desgracia y multiplica las situaciones peligrosas para alentar, derrochando valentías, el aplauso que el público le niega; allí en su casa donde pasó el invierno sin riesgos ni temores, esperan tranquilos sus hijos y su esposa el papelito azul que les ha de devolver la alegría ó los ha de hundir en la desgracia.

Raul.

OTRO LIBRO DE GALDÓS

El lunes se puso á la venta el nuevo libro publicado por Galdós, titulado «Los dueños de la canarrilla», que forma parte de la cuarta serie de los «Episodios nacionales.»

Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.

191

LA MUERTE

á su lado. Cuatro soldados le tenían sujeto, y un médico con anteojos le hacía incisiones en la espalda musculosa y bronceada.

—¡Ha—ha—hul—aguiaba el herido— y de repente, levantando su negro rostro, de anchas sienes y nariz aplastada, y descubriendo su blanca dentadura, se retiró violentamente de los que le sujetaban.

Varias personas rodeaban la segunda mesa donde estaba tendido un hombre alto y vigoroso, con la cabeza echada atrás. El color de sus cabellos rizados y la forma de su cabeza no le eran desconocidas al Príncipe. Algunos practicantes estaban echados sobre él, sujetándole con todo el peso de sus cuerpos para que no se moviera. Una trepidación febril agitaba incessantemente su pierna blanca y gruesa, y violentos sollozos que casi le sofocaban, sacudían todo su cuerpo. Dos cirujanos, uno de los cuales temblaba y palidecía, le curaban la otra pierna, que estaba encarnada.

Después de curar al tártaro y de echarle un capote encima, el doctor, con anteojos, se restregó las manos y se acercó al Príncipe.

Miró á la cama, y se apartó rápidamente.

—¡Desnudad!... ¿En qué estáis pensando?—gritó colérico á uno de sus ayudantes.

El Príncipe recordó su primer día, mientras que el practicante, con las sábanas levantadas, le des-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 190

—¡Inmediatamente! dijo al practicante que le mostraba al príncipe André.

Hizo que le llevarán á la tienda y se oyó un murmullo entre los heridos.

—¿No parece que hasta en el otro mundo sólo los señores tienen derecho de vivir?—decía uno.

Colocaron al Príncipe sobre una mesa que el practicante acababa de dejar libre y que todavía estaba limpiando con una esponja. El herido no pudo distinguir claramente á los que estaban en la tienda. Los lastimeros quejidos que oía, los dolores atroces que sentía en el vientro, en la pierna y en la espalda, absorbían toda su atención. Cuanto allí veía se confundía á sus ojos en una sola impresión como de carne humana, desnuda, ensangrentada, que, á su parecer, casi llenaba aquella tienda tan baja. Se acordó de lo que había visto en un día sofocante del mes de Agosto en el pequeño estanque del camino real de Smolensko. Aquella era esta carne de cañón, cuyo aspecto le profetizaba el horror, el disgusto que en aquel instante le dominaba.

En la tienda había tres mesas: dos estaban ocupadas; el príncipe André, colocado sobre la tercera, quedó abandonado á sí mismo durante algunos minutos, lo cual le permitió examinar las mesas próximas. Sobre la más cercana estaba sentado un tártaro, un cosaco, sin duda, á juzgar por el uniforme que había

LA MUERTE

197

—¡Levantadle, sea como sea!—gritó uno.

Cogieronle de nuevo y le colocaron sobre la camilla.

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué es esto! ¡En el vientro!... ¡Pues ha concluido!—dijeron algunos oficiales.—¡Ah, Dios mío!

—¡Me ha pasado silbando á un pelo del oído!—decía el edecán.

Los mujiks se cargaron la camilla sobre los hombros y se ajetaron por el sendero que conducía á la ambulancia.

—¡Eh, mujiks! ¡Lleved el paso!—les gritó un oficial al verlos marchar sin orden.

—¡Anda como se debe, tú, Fedor!—dijo el mujik de delante.

—¡Ahora va bien!—respondió alegremente, cogiendo el paso, el de detrás.

—¡Excelencia! ¡Mi Príncipe!—dijo Timokhine, el jefe de batallón con voz entrecortada, corriendo hacia la camilla.

El príncipe André abrió los ojos, miró al que le hablaba y se volvió á correr.

Los mujiks llevaron al príncipe André al bosquecillo de abedules. Los caballos enganchados caminaban tranquilamente a vena; los gorriones bajaban y picoteaban los granos perdidos. Los cuervos, al alor